



HARRY FRANKFURT Y EL PROBLEMA DE LA VERDAD, UNAS NOTAS AL VUELO

Ramon ALCOBERRO

Harry Frankfurt es un filósofo norteamericano que se dio a conocer internacionalmente cuando su artículo *On Bullshit* (originalmente publicado en la revista literaria *Raritan* en 1986), apareció como volumen independiente en 2005 y logró permanecer en las listas de libros más vendidos del *New York Times* durante 27 semanas, algo inaudito para un libro de filosofía en Estados Unidos. *Bullshit* (literalmente "mierda de toro") es lo que generalmente se conoce por «charlatanería» o «manipulación» y el éxito del libro tuvo mucho que ver con su tamaño reducido y con el creciente cansancio social que provocan entre el público los tertulianos y los charlatanes de extrema derecha, predicadores del Apocalipsis que pululan todos los días y a todas horas por radios y televisiones, opinando sobre todo sin saber sobre nada. Falsificar la verdad, hablar sin decir nada, manipular sin tino y cegar a la opinión pública es *bullshit*; una estrategia retórica se ha practicado desde siempre pero que las televisiones neoconservadoras en América, y la FAES en España, han conseguido convertir casi en un arte.

La denuncia del *bullshit* [charlatanería] como un peligro ya no solo para la verdad y para la democracia, sino para la misma decencia y para el equilibrio emocional de quienes se ven obligados a soportarlo, encontró su eco entre los lectores del libro, aunque ello no haya tenido excesivas consecuencias públicas. Tertulianos como los de las televisiones españolas o norteamericanas no se dejan convencer por razones, ni mucho menos por consideraciones sobre la verdad. Pero su tesis según la cual: «*bullshit is a greater enemy of the truth than lies are*», hacía conceptualmente necesaria una indagación sobre la cuestión de la verdad, que abordó en *On Truth* (2006).

Sobre la verdad ha sido considerado un libro de menor importancia, aunque su ambición, explicar por qué era necesaria la verdad, resulta muy superior. La pregunta por la verdad no deja de ser lo suficientemente importante como para que el mismo Poncio Pilatos se la hiciese a Jesús y responderla parece muchas veces algo superior a los esfuerzos tentativos de la filosofía.

Frankfurt no cree que la igualdad sea especialmente importante en una sociedad, e incluso escribió, contra Rawls, que dar un exceso de importancia a la igualdad «contribuye a la desorientación moral y a la superficialidad de nuestra época». Pero una sociedad, y mucho menos una sociedad democrática, no puede mantenerse viva sin alentar y asumir la verdad. La charlatanería tiene de malo que nos aleja de la verdad y: «ser indiferente a la verdad es una característica indeseable e incluso criticable» Si la charlatanería es algo que debemos evitar y condenar, la verdad es el principio epistémico sobre el que se basa el conocimiento e su conjunto.

Filosóficamente, negar la existencia de la verdad resulta contradictorio. Quienes niegan la existencia de la verdad se contradicen ellos mismos porque creen que la niegan *de verdad*: «En cualquier caso, incluso quienes persisten en negar la validez de la realidad objetiva de la distinción

entre verdadero y falso siguen afirmando (sin que, al parecer, ello les cause ningún rubor) que esta negación es una postura que *verdaderamente* sostienen.»

De la misma manera que quien dice “nada es verdad” supone que esa proposición es verdad, la negación de la verdad implica su paradójica afirmación, cosa que ya habían observado quienes debatían con los escépticos en la Grecia helenística.

En realidad no podemos vivir sin verdad. O en palabras de Frankfurt: «ninguna sociedad puede permitirse despreciar o no respetar la verdad. Sin embargo, no basta con que una sociedad se limite a reconocer, cuando ya no hay nada que hacer, que verdad y falsedad son conceptos legítimos e importantes. Además, la sociedad no debe olvidarse de alentar y apoyar a individuos capaces que se dediquen a adquirir y explotar verdades importantes.»

Desde un punto de vista pragmático: «Nuestro éxito o fracaso en cualquier cosa que emprendamos, y por tanto en la vida en general, depende de si nos guiamos por la verdad o de si avanzamos en la ignorancia o basándonos en la falsedad.» Es difícil incluso no estar de acuerdo con Frankfurt en que: «Las verdades son útiles en la práctica porque consisten en –y, por tanto, pueden procurarnos– una descripción precisa de las propiedades (incluyendo, especialmente, las capacidades causales y las potencialidades) de los objetos y las situaciones reales que debemos manejar a la hora de actuar».

Los utilitaristas o pragmáticos no dejan de tener razón al argumentar sobre las consecuencias del desprecio a la verdad para la sociedad, para la vida e incluso para el propio equilibrio emocional. La mentira perturba, o en otras palabras: «Las mentiras no tienen otro objetivo que perjudicar nuestra concepción de la realidad. Por ello, su objetivo es, de manera muy real, enloquecernos. Si nos las creemos, nuestro intelecto está ocupado y gobernado por las ficciones, fantasías e ilusiones que el mentiroso ha urdido para nosotros.» Y «en realidad no podemos vivir sin verdad. La necesitamos no sólo para comprender cómo vivir bien, sino para saber cómo sobrevivir.» Sin embargo, el auténtico problema filosófico de la verdad no está donde creen los partidarios del criterio lógico-lingüístico.

El problema no reside tanto en el argumento consecuencialista sobre la verdad como en la debilidad conceptual de su realismo ingenuo. Simplemente la mayoría de razonamientos humanos sobre la verdad no se basan en evidencias concluyentes, sino en argumentos probabilísticos. Para Frankfurt la verdad es simplemente un hecho que puede ser constatado realmente de forma intersubjetivamente válida (como es un hecho, por ejemplo, que Bélgica no invadió Alemania durante la 1ª Guerra Mundial). El ámbito de los hechos es un campo importante, y puede ser decisivo –como es decisivo saber qué “le consta” al presidente del gobierno de Reticulín sobre las andanzas del tesorero corrupto de su propio partido. Ya los escolásticos medievales definieron la verdad como *adecuación*: si lo que digo es adecuado a lo que sucede, entonces eso es la verdad “pura y dura”. Pero hay hechos que son de naturaleza subjetiva y emocional sobre cuya verdad o falsedad las posiciones no son tan obvias. Cuando alguien dice “tengo frío” o “te amo”, ¿podemos afirmar que hay verdad en esa frase? Puede ser simultáneamente cierto que alguien tenga frío cuando otro tiene calor estando la habitación a la misma temperatura en ambos casos, ¿dónde estaría la verdad en tal caso?, ¿hay diversas “verdades” para diversas personas. Cuando decimos de alguien que “es calvo”, ¿a partir de cuanta falta de cabello decimos la verdad? ¿Cómo se pueden poner en duda afirmaciones de tipo religioso, por ejemplo, cuyo contenido empírico es muy limitado. Los argumentos que se dan para defender la existencia de la verdad que están basados en el sentido común, pueden ser significativos en la vida práctica (guiada por intuiciones) pero caen en contradicciones argumentativas.

En general, existe una respuesta mejor a la que propone Frankfurt para el problema de la verdad: consiste en afirmar que aunque no podemos saber qué es la verdad, sí podemos saber qué es la falsedad (la no verdad). Es más fácil describir un comportamiento fraudulento, o una impostura, que describir la verdad de una proposición o de un hecho. Y la verdad no tiene una relación necesaria de oposición a la falsedad, sino en el extremo de una cadena. En realidad hay grados en la verdad y en su conocimiento, como los hay en la belleza o en tantos otros conceptos. En todo caso, el debate sobre si la verdad es una propiedad natural de los hechos o una construcción intelectual que construimos para acercarnos a ellos es un tema fundamental en teoría del conocimiento.